

# El papel de la literatura en el proceso de la integración del Mercosur

Mempo Giardinelli

## Resumo

*Impõe-se hoje ao intelectual pensar que tipo de literatura está sendo produzida, a fim de que se garanta sua utilidade para a construção positiva de uma realidade mais humana e condigna, ajudando a superar a crise violenta por que passam os países que compõem o Mercosul. Sendo o domicílio da palavra e da fantasia, a residência dos sonhos e o lugar onde a pessoa vai buscar calma para a meditação, a literatura tem muito a contribuir na integração dos povos. Assim, é fundamental seguirmos desenvolvendo o trabalho em função de uma literatura comprometida com o futuro do homem, com a restauração da Ética, única garantia para a recuperação moral de nossa América.*

**Palavras-chave:** literatura, integração, Mercosul.

## Abstract

*It is imperative for the intellectual of our times to think about the kind of literature which is being produced so that one can guarantee its usefulness towards a positive construction of a more human and virtuous reality, helping the countries which compose the Mercosul to overcome the violent crisis they are undergoing. Being the home of word and fantasy, residence of dreams and the place where the individual will go in search of peace for meditation, literature has much to contribute for people's integration. For that reason, it is essential that we continue to develop the work aiming at a kind of literature engaged with man's future, the restoration of ethics, the only warranty for the moral recovery of our America.*

**Key words:** literature, integration, Mercosul.

Es evidente que, desde que se restablecieron las democracias en esta parte del mundo, hace más o menos una década, nuestra literatura ha evolucionado mucho y se ha convertido en uno de los más importantes códigos sociales que nos expresan. Los argentinos, brasileños, paraguayos y uruguayos de este fin de siglo y de milenio están, en mi opinión, mucho más marcados por la literatura que lo comúnmente se cree. Por eso mismo, al ritmo vertiginoso en que vivimos en estos tiempos de la llamada Posmodernidad, cada día más los escritores debemos no solamente pensar qué literatura hacemos, sino que conviene re-

flexionar qué significa hacer literatura en sociedades todavía tan autoritarias y violentas, y sobre todo tan degradadas económica, social y culturalmente.

La crisis que vivimos es colosal, pero lo abrumador de nuestro tiempo no es que estemos en crisis, porque en América Latina siempre hemos estado en crisis, por lo menos desde hace 503 años... Lo que ahora sí es nuevo es el tamaño. Nunca el mundo ha vivido crisis como la actual, ni nuestra América ha pasado por una situación parecida: políticamente atontados, económicamente destruidos, socialmente condenados a la injusticia, el em-

Mempo Giardinelli nasceu na Argentina e publicou, entre outros, os romances *La Revolución en bicicleta*, *El cielo con las manos* e *Por qué prohibieron el circo?*. Suas obras foram traduzidas em países da América Latina e Europa. Palestra proferida no Congresso sobre Mercosul, 26/10/1995, ULBRA. Dedicó este texto a la memoria de Julián Murguía, visionario impulsor del Mercosur Literario.

Textura	Canoas	n. 1	2º semestre de 1999	p. 79-86
---------	--------	------	---------------------	----------

brutecimiento y la violencia, la crisis no deja área sin afectar. Y en nuestro campo, el del libro y la lectura, el panorama es desolador: el analfabetismo en la Argentina ha crecido de manera alarmante y si hace 20 años prácticamente estaba eliminado, en febrero del año pasado el gobierno admitió que el 23.6% de los argentinos mayores de 24 años no sabía leer ni escribir. La producción de libros argentinos, que en 1953 era de más de 50 millones de ejemplares y que al salir de la dictadura de 1983 era de sólo 12 millones, en 1993 parecía recuperarse con 42 millones de ejemplares, pero el 25% de esa producción era falsamente argentina pues se imprimía fuera del país. Los títulos publicados en 1993 fueron 10.542, superiores a los apenas 2.500 que nos dejó la dictadura en 1983, pero todavía inferiores a los 11.000 de hace 40 años. La lectura se deslizó por la misma pendiente: hace 40 años se calculaban 2.8 libros por habitante/año; ahora hemos bajado a sólo 1.2 libros por habitante/año. Finalmente, una encuesta de hace sólo tres semanas reveló que ocho en cada diez maestros van enfermos a trabajar, por miedo de perder el plus salarial por presentismo; el 24% de las maestras ha perdido un embarazo; y alrededor del 40% sufre de angustia, insomnio o desconcentración.

Puedo imaginarme que - poco más o menos - los otros países del área Mercosur atraviesan situaciones similarmente graves, aunque quizá no tanto como la de la Argentina.

La literatura siempre, en todo tiempo y lugar, acompaña los procesos colectivos. Sin embargo, en mi opinión la crisis actual se expresa solamente en términos de mercado, porque la creación viene atravesando un período muy rico, yo diría un renacimiento.

Las dos fuerzas motoras de las tramas narrativas, que son la Memoria y el Olvido, siguen en su lucha constante, circular y inconciliable, determinando casi todo lo que se crea, imagina y escribe en estas tierras. Así como hace unos años eran los exilios, ahora es la Memoria la materia que nutre y gobierna nuestra escrita. Y es que la literatura no es otra cosa que una eterna batalla por la libertad, dicho en términos sartreanos.

Desde luego que la literatura no está para

ser política, y eso suena muy bien, pero la hace. Todo el tiempo. Por eso aunque el mundo ha cambiado mucho, los escritores latinoamericanos seguimos estando más cerca de Sartre que de Fukuyama.

Por eso el papel de la literatura, en un proceso integrador como el que necesitamos y estamos protagonizando y construyendo, es tan fundamental. Y es que es nuestra vía de comunicación, nuestra energía básica, nuestro amor más constante y profundo. Sí, es todo eso, aunque a primera vista las mentes simples no lo adviertan. Así como nuestros ríos nos unen a la vez que nos separan, así la lengua que hablamos nos distingue pero a la vez nos permite integrarnos en este fascinante idioma que estamos inventando en estos años: el portuñol. Así como a los ríos hay que construirles puentes, a la lengua también.

Les voy contar una pequeña historia personal: mi papá era un soñador de empresas que casi siempre fracasaba. Y entre las locuras que se le ocurrían una lo llevó, hace 35 años, a las sierras de Misiones, cerca de Iguazú. Viajó desde nuestro pueblo, Resistencia, en una avioneta Piper. Y lo agarró una tormenta terrible. El avioncito fue llevado por los vientos, y fue a caer del otro lado de la frontera, en territorio brasileño, en un pueblito cuyo nombre no recuerdo. Lo rescataron y ayudaron unos "Fuzileiros Navais", pero nosotros, en casa, durante casi una semana no supimos de él y naturalmente lo creímos muerto. Después la historia tuvo un final feliz, pero lo que me impresiona evocar, hoy, es lo extranjeros que éramos. Estábamos a sólo 800 kilómetros de distancia, pero para nosotros papá estaba en el medio del mar, o en la luna, o en Australia. En aquel tiempo, hace sólo 35 años, argentinos y brasileños se ignoraban y desconfiaban mutuamente, precisaban traductores para entenderse, no se leían, casi no se hablaban...

Hoy hay millones de argentinos que vienen todos los veranos para fastidiarlos a ustedes en las playas, y hay millones de brasileños que cada tanto van a meter bulla y a hacer escándalos en los hoteles argentinos. Y todo eso está muy bien.

Es obvio que hoy estamos más y mejor comunicados, y yo creo que el mérito de esto



es cultural, no comercial. Nos han venido uniendo la música, el cine, la televisión, la literatura, y el descubrir todos las cosas que nos unen, y especialmente a ustedes, gaúchos, con nosotros, argentinos del litoral del río Paraná, y con los hermanos paraguayos y uruguayos: la geografía, las comidas, el mate, el truco y tanto más.

Hoy la creación literaria del cualquiera de nosotros tiene en cuenta a los otros, diferentes pero hermanos. No creo que ningún viejo maestro de la literatura argentina haya escrito pensando en lectores brasileños, paraguayos, uruguayos... Ni en sentido inverso. Pero en cambio hoy uno sabe que va a ser leído y que precisa ser comprendido del otro lado de nuestros ríos.

La literatura no es otra cosa que el domicilio de la palabra y de la fantasía, la residencia de nuestros sueños, el paraíso en el que vamos a remansarnos y descansar, y también el sitio propicio en el que encontramos calma, meditación, sabiduría, ese instante de belleza que nos suele negar la vida cotidiana, la cruda realidad. La literatura, por lo tanto, ha tenido y tiene muchísimo que hacer en esta materia de integrar pueblos.

Y no es que la literatura sea un escape. Al contrario: nos está mostrando la misma realidad que ven nuestros ojos, pero meditada, pensada, narrada, sublimada, expuesta como hecho ético-estético de significación. Y además nos da la posibilidad de que nosotros mismos, como lectores, la pensemos, la analicemos, la reformemos utópicamente. E incluso nos ayuda a mejorar la realidad, por la sencilla razón de que la literatura siempre ayuda a formar mejores personas.

Entonces, en un proceso de integración como el que atraviesan hoy nuestros países, en el que nuestros gobiernos (al menos el argentino), sólo están interesados en los resultados económicos, nuestro papel es importantísimo. A los gobiernos sólo les interesan los negocios. Hay que ser sinceros y admitirlo. Y hoy casi todos los gobernantes sólo quieren quedar bien con el Fondo Monetario Internacional y con los virreyes, para así poder dedicarse con toda tranquilidad a hacer sus extraordinarios negocios. En mi opinión es bastante asqueroso todo

eso, es una verdad indecencia, un enorme festival de hipocrisia y cinismo, pero... es el mundo en que vivimos.

Es un mundo en el que los artistas; y los que aspiramos a ser artistas; y los que tienen y tenemos sensibilidad social; y los que todavía nos damos cuenta de que el horror es horroroso y no una oportunidad para obtener ventajas; y los que todavía pensamos que no todo está perdido; y los que aún soñamos con la suprema utopía de que es posible y nos merecemos un mundo mejor, vivimos a contramano.

Pero este andar en sentido contrario a lo que es moda - este chocar contra las tendencias de la posmodernidad - no tiene por qué vencernos. Al contrario: nos compromete a la lucha y le da sentido a lo que hacemos. Porque no nos engañemos: aunque las autoridades y los empresarios y los millonarios y los pragmáticos no lo sepan ni quieran saber, somos nosotros los que podemos darle dimensión humana a nuestras sociedades. A ellos sólo les importa lo concreto; nosotros sabemos de abstracciones. De ellos se esperan los hechos que prometen y luego no producen; de nosotros sólo hay que esperar palabras. Esos torrentes de palabras que siempre producimos y que son tan necesarias para designar la vida, para celebrar lo que es inútil pero también vital. Como las mariposas, que sólo tienen peso y transcendencia como celebración de lo inútil, pero cuya existencia es fundamental porque le ponen belleza a la vida.

La política y la decencia, el bienestar material y espiritual de nuestros pueblos, y el desenvolvimiento cultural de las sociedades que integran el Mercosur, son asuntos demasiado serios, delicados e importantes como para que los dejemos solamente en manos de políticos y funcionarios profesionales. Al menos en la Argentina, dejar todos estos valores esenciales en manos del doctor Menem y sus amigos y parientes me parece que es altamente irresponsable. De ahí lo inevitable de que nosotros, intelectuales, escritores, artistas, tengamos que estar tan atentos a estas cuestiones.

No sé si estaré siendo claro, señoras y señores, pero lo que estoy procurando decir es que somos nosotros los que tenemos que con-



dicionar la integración política y económica, antes de que ella acabe por condicionar - y distorcionar - la cultura de nuestros pueblos.

Nosotros tenemos la gran oportunidad de señalar las pautas de la verdadera integración de nuestros pueblos. Y creo que para ello tenemos que ser concientes tanto de nuestro papel como de nuestra obra.

La democracia y la libertad de expresión, que alientan el proceso de pérdida del miedo y de recuperación del pensamiento libre, dan sentido a nuestra producción. Si la tendencia contemporánea es el pragmatismo, y pragmatismo suele equivaler a olvidos éticos, entonces nuestra mejor opción sigue siendo resistir con ideales y principios. Por eso en nuestros países hacer cultura es resistir, y por eso frente a la mentira, la corrupción y la violencia social crecientes, el único destino de los intelectuales es la resistencia cultural.

Me gusta pensar que los narradores y poetas latinoamericanos, en general, estamos alertas y sabemos que esto es así. Por eso escribimos y con ustedes (críticos, profesores, estudiantes, investigadores, lectores) vamos tejiendo la trama múltiple y compleja del Discurso Literario de la llamada Posmodernidad. Que es una estética de desencanto en la que la violencia hace parte del paisaje de vida con modo seco, casi casual, y a veces en un tono poético lleno de imágenes sobre las diferentes formas de desaliento contemporáneo. Las novelas posmodernas pronuncian el apocalipsis y la destrucción, que parece ser el único destino final de la humanidad. La mirada posmoderna nos ofrece un novedoso repertorio de paradojas y pesadillas; el vértigo, la fascinación y el asco que nos produce el horror en nuestras narices; las novedosas formas de represión que son nuestro neonaturalismo; y la misma vocación censora de ayer, hoy con maneras más sutiles. Bien ha sentenciado con brillantez Augusto Monterroso: "En el mundo moderno los pobres son cada vez más pobres, los ricos más inteligentes, y los policías más numerosos".

Frente a esto parece ridículo reivindicar el romanticismo, pero no puedo ni quiero dejar de proponerlo como arma de resistencia. En estos tiempos implacables los así llamados "temas nacionales" parecen desdibujados, gas-

tados por el costumbrismo, y han perdido vigencia y prestigio literarios. Lo mismo puede decirse de la oralidad como impronta textual. Pero no ocurre eso con la historia y mucho menos con la sensibilidad y la pasión por reconstruirla. En este sentido la novela histórica que parece estar nuevamente en boga en estas décadas, y a lo cual he contribuido, está dando pie a nuevas formas de romanticismo. Por el afán de revisar la tragedia colectiva, y por el apasionamiento imperante, bien podemos pensar que los narradores latinoamericanos de antes del *boom*, los del *boom*, y nosotros mismos, nunca hemos dejado de ser románticos hasta el tuétano y en los dos sentidos: el social de Estebán Echeverría y el amoroso e íntimo de Jorge Isaacs.

Concientes o no, a mi me parece que todo está en los autores brasileños que vengo leyendo, como Eric Nepomuceno, Tabajara Ruas, Sérgio Faraco, Lygia Fagundes Telles, Nélida Piñón, Charles Kieffer, Loyola Brandão, Arnaldo Campos, Sérgio Napp y muchos más. Lo veo en los paraguayos Augusto Roa Bastos y Rubén Bareiro Saguier, pero también en los más jóvenes: Renée Ferrer, Guido Rodríguez Alcalá, Elio Vera y Juan Manuel Marcos. Y en Uruguay, desde luego, en las obras de Tomás de Mattos, Fernando Butazzoni, Napoleón Baccino, Carlos Lescano y Teresa Porzecansky o aún Cristina Peri Rossi.

Ahora bien: ¿Qué es lo que define a la posmodernidad, al *posboom*? ¿Minimalismo, intensidad, neoexistencialismo, desaliento, desdén por los llamados "valores morales", agobio de la Ética? ¿Las formas comprimidas y la oposición a lo barroco, la presencia de los sistemas audiovisuales, la declinación de la capacidad lectora de las sociedades contemporáneas y su sustitución por el pensamiento mágico? ¿El fiasco del 68, de Vietnam, de la pérdida revolución social latinoamericana y la llamada muerte de las utopías? Todo eso y mucho más, como la decadencia general de nuestras sociedades; el deterioro de la calidad de vida; el parojismo de la violencia urbana; el desastre ecológico; el desprecio por la vida; el resentimiento y el no creer en nada: ni en Dios, ni en la madre, ni en la política. Un contexto en el que es natural que las drogas parez-



can falsos nirvanas ilusorios. Esta es, guste o no, la estética contemporánea, la del mundo en el que nos movemos y en el que producimos nuestras obras.

No deja de ser una **melange**, una **summa** de conflictos de contradicciones en movimiento perpetuo. Y esa pluralidad alucinante va delineando su estética y también su filosofía. Sólo así se comprende la coexistencia de epígonos como Beckett, Carver o Bukowsky, mezclados con Almodóvar y Subiela, con Madonna, Sting y Fito Páez.

Frente a la decadencia general, a todos nos impresiona más o menos lo mismo. Es un fenómeno universal: por lo menos desde la Segunda Guerra Mundial el mundo se empeña en celebrar la hipocresía, la ignorancia y la falsificación, y desencadena más y más violencia mientras más declama por la paz. Es un raro mundo esquizofrénico en el que coexisten hermosos discursos principistas con una actitud política generalizada de pragmatismo, corrupción y mentiras. En muchos países se consagra el olvido en nombre de la Memoria; se predica la paz haciendo guerras; los que manejan las máquinas de matar se declaran pacifistas y reciben el Premio Nobel; los ladrones dircursean sobre moral; los traficantes de drogas tienen acceso o directamente ya están en el poder político; nadie se arrepiente de nada; y no siempre hay suicidios dignos para mostrarle al mundo.

No sonará agradable, ni lo inventé yo, pero -parafraseando a Raymond Chandler- éste es el mundo en el que ustedes y yo vivimos.

Así entendido, las actitudes iconoclastas que desprecian todo lo establecido y consagrao quizá pueden ser vistas como una saludable actitud de rebeldía. ¿Por qué no pensar que acaso la posmodernidad es el grito de rebellón posible de este fin de milenio? ¿Y por qué no pensar, también, que como todo grito lo es a la vez de impotencia y de dolor, y es pedido de auxilio, anhelo de redención?

La literatura siempre, en todo tiempo y lugar, es permanente continuidad y ruptura. Ser moderno es simple una manera de rebelarse frente a lo establecido. Es cuestionar y protestar y quebrar reglas, y esto ha sido norma en toda la historia de la humanidad porque hace a

la naturaleza del intelectual y del artista. Y como nadie puede evitar la sensación de asombro que produce el mundo en que ahora vivimos, se desprende que la posmodernidad viene a ser la modernidad de la modernidad. En literatura, el así llamado *posboom* no es otra cosa que la modernidad del *boom*. Por eso prefiero hablar de "Escritura de las Democracias Recuperadas" y no de *posboom*.

Estética de este tiempo, la posmodernidad signa nuestras obras independientemente de nuestros propósitos. Y es desde esta conciencia que debemos ver los avances cibernéticos, porque la tecnología va a determinar en gran medida el devenir estético de los próximos años.

La paradoja del mundo actual es tan grande que la decadencia y el desancanto coexisten con una revolución tecnológica tan extraordinaria que deja a Julio Verne así de chiquitito. Y es que ahora mismo nos enfrentamos a un fabuloso desafío, a una revolución que para algunos es mayor que la de Gutenberg: me refiero al libro inmaterial, libropantalla, videolibro o libro electrónico.

El texto electrónico produce cambios técnicos, pero también modifica la manera y la costumbre de leer. Es la lectura misma la que resulta afectada, y ahí radica, en mi opinión, la verdadera crisis del libro a esta altura del fin de siglo y de milenio. Creo que es vano todo rechazo y que es mejor comprender el fenómeno.

Un historiador del libro, Henri-Jean Martin, sostiene que: "El libro ya no ejerce más el poder que ha sido suyo, ya no es más el amo de nuestros razonamientos o de nuestros sentimientos frente a los nuevos medios de información y comunicación de los que a partir de ahora disponemos". Tan apocalíptica idea da lugar a un fascinante trabajo del especialista en historia del libro y la lectura de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Roger Chartier, quien dice que el libro tal como materialmente lo conocemos ha perdido su poder y que esto es una revolución, temida por muchos y alentada por otros como sucede con todas las revoluciones. Ésta consiste - dice Chartier - en "la transformación radical de las modalidades de producción, de transmisión y de recepción de lo escrito."



Desde luego que la lectura seguirá siendo el modo de acceder a todo conocimiento, aunque esté domiciliado en una pantalla; y esto no deja de ser tranquilizador frente a las visiones más apocalípticas de la posmodernidad. Quiero decir: el ser humano, para su crecimiento intelectual, seguirá necesitando de la lectura. Aun frente al ordenador hay que leer, y todavía no hay otro modo de producción que la escritura, ni otro modo de transmisión que la lectura. Además, nunca se acabará la necesidad de archivar y, por ende, de leer. La humanidad siempre precisa aprehender las ideas, las palabras, y esa necesidad de fijarlas garantiza que la lectura continuará siendo el mejor medio de aprendizaje para toda persona.

Pero lo que sí cambia completamente es lo que yo llamaría la residencia del texto, y su democratización. Estamos acostumbrados a encontrar los textos en libros, revistas, periódicos, pero ahora tienen su domicilio en una pantalla. Hace 15 siglos se pasó del códice al libro manuscrito, y hace 5 siglos de éste al libro impreso: en ambos era un cuerpo sólido, materia con forma, organización y lógica sucesión de hojas y páginas. Hoy el libro electrónico es saber y memoria virtual, flotante, y obliga a leer en una pantalla. No sé si esta es una revolución mayor que la de Gutenberg en el siglo XV, como pretende Chartier. Pero sí es cierto que estamos en presencia de una revolución igualmente inquietante y capaz de cambiar no sólo el pensamiento sino el modo de pensar de ahora en adelante.

El libro electrónico cambia incluso la organización del texto, su estructura, el acceso y hasta la redacción, que puede pasar a ser colectiva, modificada arbitrariamente, o bien adecuada a y por cada lector. Esto es impactante, porque la representación de los textos, en tanto íconos, letras flotantes en la pantalla, y con la fascinante pero a la vez pavorosa posibilidad de modificación *a piacere*, convierte el texto en una inmaterialidad. La materia que llamamos libro deja de existir, y lo que existe es un brillo que titila y que podemos leer aunque no tenga fijación ni corporeidad.

Lo voy a poner en un ejemplo: dentro de 30 años el hijo de mi hija quiere leer *Don Quijote de la Mancha*, y recurre a la computa-

dora que le pone el texto en pantalla. Pero sucede que a alguien (sus padres, un censor, un chistoso de la red mundial, cualquiera) le pareció que no era conveniente que ese chico leyera este o aquel capítulo (entonces lo suprimió) y en cambio quiso subrayar este o aquel episodio, a los cuales pudo reescribir o modificar a su antojo...

Y otro ejemplo más cercano: supongamos que los últimos cuentos de Eric Nepomuceno le plantean reparos ideológicos, morales o de simple gusto al programador de *Coisas da Vida* en CD-Rom. Entonces elimina fragmentos, cambia situaciones, altera diálogos y modifica radicalmente la trama de uno o de todos los cuentos. Que dan la vuelta al mundo en la versión que se lee en CD-Rom, y ni el mismo Eric sabe qué están leyendo sus lectores...

Es claro que no se augura aquí la muerte del libro. En absoluto. Y quien suponga que el amor a los libros tal y como los conocemos y nos gusta leer no tiene por qué morir, tiene razón. Es claro que preferiremos seguir leyendo con el volumen en nuestras manos porque eso nos da la posibilidad de la anotación, la acotación al margen, el subrayado y el recorte, la cita y el comentario, el doblar y el salto de páginas, en fin, el placer íntimo de volver a una página cada vez que lo deseamos con sólo recurrir al anaquel donde nos espera. Pretender que eso morirá - como auguran los tecnócratas a ultranza - es como pretender que se acabará el romanticismo. Muy bien. Pero no podemos tapar el cielo con un dedo: el libro inmaterial ya es un hecho, es parte de la cultura del presente y lo será más y más en el futuro, y además tenemos que saber que con el texto electrónico se puede hacer exactamente todo aquello y hasta más fácilmente y más velozmente...

Lo que está cambiando es la forma de representación: para nosotros el libro es un objeto que impone su forma, estructura y espacios, y donde el lector sólo puede ocupar márgenes y áreas en blanco. Pero para muchos niños el libro ya no es así; y para los estudiantes e investigadores - es decir los lectores - de mañana y muchos de hoy mismo, el libro es sólo una información. Es un título a buscar en el inagotable menú de las computadoras, donde puede hacer todo lo mismo que hacemos nosotros, los



bibliófilos. El texto electrónico permite anotar-lo, moverlo, copiarlo, difundirlo en comentarios, fragmentarlo y hasta puede llegar uno a convertirse en coautor. Por ejemplo: un tipo que simplemente combinara fragmentos de todas las críticas académicas y todas las investigaciones realizadas sobre *El libre de arena*, de Borges, estaría de hecho escribiendo un nuevo libro sobre *El libro de arena* de Borges... Y mediante la traducción simultánea que cualquier buena computadora tiene, en un rato este tipo puede despachar a la autopista informática "su propio libro" y en varios idiomas.

Desde luego, al igual que en los ejemplos anteriores, el límite es solamente ético. Lo cual, convengamos, en estos tiempos es peligrosísimo. Y al pensar en un futuro Mercosur Literario, tenemos que tenerlo muy en cuenta.

Como es evidente, en breve todo esto reformulará un montón de conceptos: el *copyright*, los derechos del autor, los de traducción, estarán cuestionados. Y no sólo eso: dado el ejemplo anterior es obvio que la noción de originalidad también habrá cambiado. Y la cuestión jurídica (el depósito legal, por caso) y las formas de catalogación y clasificación bibliotecnológicas, y etc., etc., etc. Vaya revolución... Que ahora, por fortuna y dentro de todo, por lo menos podemos pensar, reflexionar y advertir. Porque en tiempos de Gutenberg, el buen alemán ni siquiera patentó su invento que en un par de años toda Europa estaba plagada de imprentas, pero hubo que esperar cinco siglos para que empezara la reflexión sistemática sobre su invento.

Y lo que también cambia revolucionariamente es el acceso a los libros, su democratización. La comunicación a distancia permite hoy que cualquier lector llegue a cualquier libro, esté donde esté. Todos los textos del mundo están siendo transferidos a formas electrónicas, lo cual universaliza el patrimonio bibliográfico. Con los servicios de la red inter-bibliotecaria mundial, cualquiera puede leer cualquier texto, en cualquier forma, idioma y localización.

Quizá aquí radica la garantía de sobrevivencia de los libros tal como lo conocemos y amamos. Seguirán siendo fuertes, verdad escrita y asentada, censo del pasado y de la historia, constancia del saber original, testimonio del

talento. Por eso las bibliotecas han de seguir su labor de atesoramiento; por eso los acervos bibliográficos seguirán siendo importantes. Y cada vez más importantes porque allí se guardará el orden de los textos que ha leído y leerá la humanidad.

Escribimos para no morirnos, decía Juan Rulfo, escribimos para existir, para seguir respirando. Parafraseándolo, podríamos decir que también leemos para vivir mejor. Se trata de mejorar los hábitos de lectura, se trata de que nuestra literatura no haga tantos "hombres de letras" como letras para los hombres y mujeres. Por eso propongo formalmente a este Primer Congreso la organización de un gran **Premio Mercosul a la Obra Literaria**, que si hacemos las cosas bien no dudo que irá ganando prestigio rápidamente. Y lo propongo en dos niveles: tres Premios a las mejores obras de cada año en cada género (novela, libro de cuentos y libro de poesías); y un Gran Premio a la trayectoria, la vida y la obra de una figura fundamental de la literatura del Mercosur.

Propongo que estos premios se reserven solamente para los nacidos y/o residentes en el área (parte de Argentina y parte de Brasil, más todo Uruguay y todo Paraguay); que el Gran Premio a la Trayectoria se otorgue en base a méritos literarios pero también teniendo en cuenta los aportes continuados de toda una vida dedicada a las artes y a la cultura del Mercosur. Y finalmente propongo que se cree un gran jurado semipermanente y que el Premio lleve el nombre de Julián Murguía.

El futuro no será solamente un asunto tecnológico. Nosotros seguiremos haciéndonos preguntas acerca de lo que vamos a escribir y a leer en los años que se avecinan. Seguiremos preocupados por nuestros chicos y por saber qué literatura les propondremos. Y más allá de las reglas del mercado, continuaremos trabajando por la reivindicación del intelecto militante.

Seguiremos leyendo y escribiendo porque nos importan las visiones singulares sobre los asuntos universales que son la vida, este mundo, este tiempo. Y en esta América Latina enferma de humillaciones, impunidad y desaliento generalizados; en este Cono Sur inficionado de hipocresía, miedo, eufemismo y desconcierto, la literatura no se detiene. No



muere. No morirá. Porque la ilusión siempre está de nuestro lado y porque escribir no es - no debe ser - solamente hacer literatura. Ha de ser también, para nosotros, intelectuales, gente de letras, cultura y pensamiento, una indeclinable batalla por la restauración de la Ética y los valores que ella conlleva: honradez, trabajo,

solidariedad, rectitud. Y ha de serlo imperiosamente, urgentemente, porque no tenemos alternativa: la Ética es, hoy en día, realmente lo único que nos queda. Y lo único que dignificará nuestra literatura.

Muchas gracias.

